

La soledad te hizo más depurada y fuerte
y en cada día gozas la dulcísima suerte
de ser el eje firme que sostiene el hogar.
Te alzas en fortaleza como un ciprés de erguida,
sintiendo el noble orgullo de saber que tu vida
trasvasada a tus hijos, en amor va a quedar.

Tal multiplicidad de la obra de este escritor que en perenne lucha con la adversidad y con la vida, no abandona la visión en perspectiva grande y ancha del acontecer humano y de su propia perfección junto con la liberación de los demás. Ha sido redactor jefe de «El Tiempo», de Guatemala y «La Nueva Tribuna», de Quetzaltenango y director de las revistas: «Prisma», «Vida», «Frivolidades» y «La Mujer Nueva», de San Salvador. Actualmente prepara un libro de sonetos, baladas y canciones; su título *Isa*; uno de poemas sociales: *Trinchera* y un libro sobre la novela indoamericana.—
JUAN MARÍN.



ANTOLOGÍA DE CUENTISTAS DEL SIGLO XIX, selección y prólogo
de M. Latorre

La Biblioteca de Escritores de Chile, que hasta el año 1914 había publicado nada menos que once volúmenes, plenos del contenido substancial de una vasta generación de pensadores, ensayistas y literatos del siglo XIX, se continúa en estos días, después de una pausa de veinticuatro años, con una completísima y bien ordenada antología de cuentistas chilenos del siglo XIX, más algunos del siglo XX, hoy fallecidos. Le ha correspondido a Mariano Latorre, escritor destacado y profesor de literatura chilena en el Instituto Pedagógico, este arduo y nobilísimo trabajo. En un severo volumen de quinientas páginas nos presenta una selección de la obra

cuentística de veinticuatro autores, desde el propio Lastarria, mejor ensayista que narrador, hasta el joven Héctor Barreto, muerto trágicamente el año antepasado, y cuya obra, fundida en una sensibilidad novísima, nos prometía realizaciones admirables. El prólogo de esta antología, escrito por Latorre, nos interesa desde luego. Está consagrado al cuento en la literatura chilena y comprende, desde su definición y desarrollo en la literatura universal hasta su arraigo y evolución en nuestro país. El autor subraya, desde el comienzo, la brevedad del prólogo, hecho sensible a nuestro juicio, dada la importancia que debe alcanzar esta antología, en Chile, en toda América y aun en Europa, donde hoy se hace vivo el interés por la producción literaria y artística del Nuevo Mundo. Más adelante en nuestro comentario tendremos que hacer notar de nuevo este pecado de síntesis extrema, que habrá de privar al lector de las sugerencias indispensables.

Latorre inicia el prólogo removiendo ligeramente el problema, a menudo mal entendido, del criollismo literario. «No podemos hablar de un cuento netamente chileno, con raíz y savia indígena, ni de un cuento argentino o brasileño o norteamericano». Suponemos que esta afirmación vale para el tiempo embrionario, cuando los escasos hombres que intentaban la interpretación de la aguijoneante realidad, sólo encontraron el modelo europeo, medido, simétrico, cultivado. Pero desde aquel mismo momento el potencial indígena y la reciedumbre del paisaje, forzaron los moldes. Ya teníamos, pues, una estructura propia, musculosa e imponente, de rasgos acentuados y bárbaros. Así como la savia de esa literatura, llevaba en su caudal los impulsos, la felinidad, la viveza y la hurañez indígenas. No necesitábamos nada más para definirnos. «Es verdad que los asuntos y aun el estilo, símiles y metáforas, han ido poco a poco nutriéndose de las modalidades del medio americano que les dió origen». Pensamos que los asuntos nativos, por su natural pujanza y variedad debie-

ron imponerse sin esfuerzo, despojándose de las adherencias extrañas y de las sutilezas perjudiciales.

Y esto que para muchos escritores y críticos no pasa de ser un motivo de disertación cordial y epidérmica, para nosotros tiene especial importancia, y querríamos que hombres de la cultura y de la conciencia de Mariano Latorre, pusiesen este asunto en el plano que exige la evolución de nuestra nacionalidad. Convenimos en que «Europa dió la técnica narrativa, la experiencia secular de su tradición artística», pero al mismo tiempo creemos que la vitalidad primaria de Indoamérica logró subvertirla y construir sobre el caos. A menudo registramos la opinión de críticos y literatos, orientada hacia las formas clásicas del cuento y la novela. La preceptiva, inspirada en la literatura francesa, campea sin fatigas en artículos y en obras literarias de todo género. En las controversias de prensa o de corrillo se exalta el equilibrio, la ponderación, la sobriedad de la escuela europea. Y ha sucedido que muchos de nuestros escritores de talento, siguiendo cabalmente estos dictados, hacen literatura refleja, ajena a nuestra naturaleza y a nuestro destino. Latorre, con la honradez que le caracteriza, señala este atildamiento de algunos cuentistas y novelistas, vencidos por el prestigio de lo europeo, pese a la sangre indígena que hervía en sus venas. Esta sistemática irradiación de sugestiónes por un lado, y la natural insumisión de la sangre nativa por el otro, han generado la pugna entre la tendencia extranjerizante, que algunos llaman «universal», y la autóctona, que no sólo busca el motivo americano en potencia, sino que lo vacía en la forma que conviene a su densidad y volumen. Tal pugna ha sido saludable, aunque sus frutos se muestren tardíos. Si el prurito imitativo, producto muchas veces del espíritu indolente o de la sensibilidad enfermiza, no hubiese dado tantas muestras de fecundidad, la literatura indoamericana, bien apoyada en su pasado —por lo menos medio siglo XIX— podría hoy mirar con orgullo

a la europea. Así y todo, en los últimos treinta años, la contienda se está resolviendo por el triunfo del libro criollo, criollo de alma y de cuerpo, que en poco o nada recuerda la receta europea. *De Méjico a Chile se cultiva, altivamente, la conciencia de lo autóctono, se crea con sangre y carne propias, se dignifica este color cobrizo, esta raíz azteca, quichua o pehuenche que ayer quisimos ocultar, si no olvidar.* Los cuentos de Quiroga, de Linch, de Amorim, de Salvador, de Lillo, y las novelas de Rivera, de Alfredo Pareja, de Aguilera Malta, de Robleto, de Icaza, son aire, luz y tierra americanos, sangre americana en plenitud de forma. Su equilibrio puede parecer desarmonía, ruptura y caos para los cánones importados; su claridad, delirio y turbulencia; su savia y su vigor, demencia salvaje; su frase vasta o sintética, elástica y contráctil, prurito epiléptico. No importa, desde que esta literatura cumple su misión universal de generadora de emoción y de inquietudes, la cumple con soltura, con clarividencia, con reciedumbre, inyectando fuego allí donde la anemia intelectual sentara sus reales.

Hubiésemos querido que Latorre, que tan bien conoce el proceso de nuestra literatura, hubiera ahondado en esas posturas de lo criollo o «restringido», y de lo universal, que tanto han dado a la discusión, y nos hubiese dicho cómo lo criollo, en el arte y el pensamiento, desborda de la primitiva substancia, y creciendo sobre las raíces nativas, respirando el aire nativo, alcanza altura universal, por su claridad, por su fuerza vital y por el don de humanidad y de exaltación que irradia.

Hace el prologuista una clasificación del cuento, señalando las principales tendencias en relación con la época en que fueron escritos. Desde aquellos ensayos narrativos de Lastarria, teñidos de intención política, pasa a Barros Grez, tanto o más intencionado que aquél. Sin duda, es Jotabeche quien, pulsando más alto, señala el camino de la interpre-

tación nativa en sus *cuadros costumbristas* y en uno o dos cuentos de envergadura. Los «*Recuerdos del pasado*» de Pérez Rosales, no pasan del apunte sabroso y colorista, imitación de Jotabeche. Daniel Riquelme aborda con franqueza el género, logrando algunas obras inimitables en donde se interpreta el roto múltiple y eterno. De los *tradicionalistas*, en que se destacan M. L. Amunátegui y más tarde Joaquín Díaz Garcés, el prologuista pasa al cuento *urbano naturalista*, reflejo de Europa, que aquí ensayaron con distinto éxito Luis Orrego, Angel C. Espejo, luego Thompson, Edwards Bello, Maluenda, Barrios y otros. Surge el *cuento rural*, que el prologuista agrupa en tres épocas: la «gestativa», de influencia europea y norteamericana, con Federico Gana, Eugenio Labarca, etc.; la época «constructiva», en que el género ahonda en la tierra, se legitima y dignifica, pese a los dictados de la crítica oficial que proclama las excelencias de la literatura de gabinete; de esta época son Latorre, Santiván, Acuña, etc.; y en fin, la época «rural psicológica», con Montenegro, Espinosa y otros. Viene luego el ciclo que Latorre denomina *contemporáneos* y donde figuran escritores como Manuel Rojas, Koenenkampf, Coloane, de diversa tendencia y alcance, amén de otros que han publicado algún cuento en diarios y revistas. A esta altura, afirma Latorre, el cuento decae, aserto que no acabamos de comprender. Precisamente, en este último período es cuando los escritores buscan y encuentran su madurez, al influjo de los nuevos estímulos que surgen de la vida chilena, rural y ciudadana. Los escritores, blandiendo un sentido totalitario, el sentido social, premunidos de una conciencia nueva, se alejan con paso seguro de la creación pintoresca y sabrosa, de la interpretación épica del paisaje, y buscan el drama humano, el drama que ya insinuara Baldomero Lillo en «*Sub-Terra*». Es natural que así sea. Sabido es que el arte, y principalmente el arte literario, prosa o poesía, es el barómetro en

la atmósfera social de cada pueblo, y a veces de todo un continente. Cuando ya la literatura pintoresca había alcanzado en Chile algunos frutos sazonados, la vida campesina era sacudida por la inquietud. El rancho comenzaba una nueva etapa del sufrimiento y la rebeldía se insinuaba frente a la miseria y los abusos. El cuento y la novela de estos últimos años nos dicen eso. La riqueza de la tierra y del paisaje, opuesta al inquilino y al roto envilecidos o exasperados, generan el caudal de la nueva literatura chilena. Igual fenómeno se advierte en el resto de América. Creemos, pues, que lejos de caminar por rutas decadentes, rechazamos hacia la alta literatura, hacia el libro de inquietud y de videncia, hacia la obra generadora de emociones colectivas.

Hemos dejado para el final, el aparte que dedica Latorre a Baldomero Lillo, un aparte brevísimo que no puede satisfacer a quienes han hecho de su memoria un culto y que ven en su obra la expresión literaria y humana más robusta y certera, en relación con la raza. Lillo satisface el principio que enunciábamos renglones atrás, de que en el arte la potencia vital, el caudal humano rompe los moldes y los rehace como le conviene. Los cuentos de «Sub-Terra» tienen de cuadro, de instantánea, de cuento y de poema, todo fundido en bloque recio, bárbaro y ricamente emotivo. No advertimos en Lillo, como algunos lo creen, influencia zolesca o rusa. Esa luz turbia que se mueve en sus cuadros mineros, viene de la vida misma del sub-suelo, y en mucho también, del temperamento de Lillo. Dice Latorre: «Lillo no es propiamente un escritor. Su estilo es de una pobreza primitiva. No hace sino contar emocionado lo que ha visto. La enseñanza de Lillo a los escritores chilenos es de seriedad y sincero esfuerzo por comprender la raza». Si Lillo no es un escritor, y si no es el más grande de nuestros escritores, no veo a que pueda llamarse un escritor. Esa «pobreza primitiva» es

la vasija simple y recia destinada a contener tanta vida fuerte, tanta vida sombría.

Después de Lillo, ya lo hemos apuntado, muchos escritores han cultivado el cuento y la novela de sentido social y de intención racial. Algunos de esos libros están, quizás, agotados, prueba de que Chile, como los otros pueblos de América, admira la sinceridad y el potencial humano en la creación literaria. La retórica, el atildamiento, la sutileza, así como lo pintoresco, sólo interesan a minorías. Latorre ha olvidado, no sabemos la causa, esos libros.

Junto a escritores bastante divulgados como Jotabeche, Barros Grez, Gana, Baldomero Lillo y Díaz Meza, el recopilador coloca nombres casi desconocidos: Manuel Concha, Roberto Alarcón, y el propio Martín Escobar, injustamente olvidado. Justa reparación, para quienes espigaron, humildes o hurraños, en los campos de la belleza. Nos merecen un recuerdo especial, por el sentido profundo que los anima, por el vigor de la interpretación o por su innata condición de narradores, entre otros Emilio Lillo en «El buey muerto», Adolfo Valderrama en «Taita Pedro» y Germán Luco en «El zarco».

Es sensible, lo repetimos, la brevedad de las notas biográficas que preceden la obra de cada autor, desde que la antología habrá de ser consultada a menudo por gentes de diversa cultura. Nos parece que hubiera podido enriquecerse cada reseña con aspectos y observaciones menos restringidos a propósito de la vida y la obra de cada autor, puesto que el espacio lo permitía holgadamente. Tal vez el tiempo de que dispuso le impidió hacerlo. Sin embargo, los vacíos señalados en nada aminoran el interés y la importancia de esta antología. Su publicación constituye, quizás, el aporte más valioso que haya recibido la cultura chilena en los últimos años.—LAUTARO YANKAS.